

Imprimir

Un análisis en profundidad de las bases económicas y políticas que, en el contexto de crisis global, está llevando a Estados Unidos a una escalada bélica contra China

El mundo está percibiendo la creciente intención bélica de Estados Unidos. En medio del desarrollo de la crisis de Ucrania, Estados Unidos y la OTAN han estado tratando de escalar su guerra por poderes con Rusia mientras continúan intensificando su asedio y provocaciones contra China. Si había alguna duda sobre la intención de Washington de ir a la guerra con Pekín, el segmento del 15 de mayo sobre los “Juegos de Guerra” simulados por el programa semanal de la *NBC Meet the Press* debería disipar cualquier noción al respecto. Cabe señalar que el Centro para una Nueva Seguridad Americana (CNAS), que organizó estos “juegos”, está financiado por una serie de empresas militares y tecnológicas estadounidenses, como Facebook, Google y Microsoft, la Oficina de Representación Económica y Cultural de Taipei y la Open Society de George Soros. Esta simulación está claramente en consonancia con las demás señales hacia la guerra procedentes tanto del Congreso como del Pentágono. El 14 de abril, una delegación bipartidista de legisladores estadounidenses visitó Taiwán. El 4 de mayo, Charles Richard, comandante del Mando Estratégico de Estados Unidos, expuso en el Congreso las “amenazas nucleares” que suponen Rusia y China para Estados Unidos, afirmando que es probable que China utilice la coacción nuclear en su propio beneficio. El 5 de mayo, Corea del Sur anunció que se había unido a una organización de defensa cibernética en el marco de la OTAN, mientras que al mismo tiempo Corea del Sur y Japón fueron invitados a asistir a la cumbre de la OTAN en Madrid, lo que sugiere la posibilidad de una rama asiática de la OTAN.

Ante la agresividad y beligerancia de la administración Biden en materia de asuntos exteriores, uno no puede dejar de preguntarse: entre la élite gobernante de Estados Unidos, ¿Quién aboga por la guerra? ¿Existe todavía algún mecanismo para frenar esa beligerancia en el país?

Este artículo llega a tres conclusiones: en primer lugar, en la administración Biden, dos grupos de élite de política exterior que solían competir entre sí, los halcones liberales y los neoconservadores, se han fusionado estratégicamente, formando el consenso de política exterior más importante dentro del escalón de la élite desde 1948 y llevando la política bélica del país a un nuevo nivel; en segundo lugar, teniendo en cuenta los intereses a largo plazo, la gran burguesía de Estados Unidos ha llegado a un consenso de que China es un rival estratégico, y ha establecido un sólido apoyo a su política exterior; y en tercer lugar, debido al diseño de la Constitución de EE. UU, la expansión de las fuerzas de extrema derecha y la mera monetización de las elecciones, las llamadas instituciones democráticas de control y equilibrio son completamente incapaces de frenar la propagación de la política beligerante.

La fusión de las élites beligerantes de la política exterior

Entre los primeros representantes de los halcones liberales estadounidenses se encontraban presidentes demócratas como Harry Truman, John F. Kennedy y Lyndon Johnson, cuyas raíces ideológicas -el intervencionismo liberal- se remontan a la idea de Woodrow Wilson de que Estados Unidos debía estar en el escenario mundial luchando por la democracia. La invasión de Vietnam se guió por esta ideología.

Tras la derrota en Vietnam, el Partido Demócrata redujo temporalmente los llamamientos a la intervención como parte de su política exterior. El senador demócrata Henry “Scoop” Jackson (también conocido en aquella época como el “senador de Boeing”), un halcón liberal, se unió a otros anticomunistas que apoyaban la intervención internacional, ayudando a inspirar a un grupo de neoconservadores. Los neoconservadores apoyaron al republicano Ronald Reagan a finales de la década de 1970 por su compromiso de hacer frente al “expansionismo” soviético.

Con la disolución de la Unión Soviética en 1991 y el auge del unilateralismo estadounidense, los neoconservadores entraron en la corriente principal de la política exterior de Estados Unidos con su líder de pensamiento, Paul Wolfowitz, que en su día fue

asesor de Henry Jackson. En 1992, apenas unos meses después de la desintegración de la Unión Soviética, el entonces subsecretario de Defensa para la Política, Wolfowitz, presentó su Guía de Política de Defensa, que abogaba explícitamente por una posición unipolar permanente de Estados Unidos que se crearía mediante la expansión del poder militar estadounidense en la esfera de influencia de la antigua Unión Soviética y a lo largo de todo su perímetro, con el objetivo de impedir el resurgimiento de Rusia como gran potencia. La “gran estrategia” unipolar liderada por Estados Unidos, mediante la proyección de la fuerza militar, sirvió para guiar las políticas exteriores de George H.W. Bush y su hijo George W. Bush, junto con Bill Clinton y Barak Obama. La primera Guerra del Golfo fue posible, en gran parte, gracias a la debilidad soviética. A esto le siguió el desmembramiento militar de Yugoslavia por parte de Estados Unidos y la OTAN. Después del 911, la política exterior de la administración Bush Jr. estuvo completamente dominada por los neoconservadores, incluidos el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de Defensa Donald Rumsfeld.

Aunque ambos defendían las intervenciones militares en el extranjero, hay dos diferencias históricas entre los halcones liberales y los neoconservadores. En primer lugar, los halcones liberales creían que Estados Unidos debía influir en la ONU y otras instituciones internacionales para llevar a cabo una intervención militar, mientras que los neoconservadores pretendían ignorar las instituciones multilaterales. En segundo lugar, los halcones liberales buscaban la intervención militar junto a los aliados occidentales liderados por Estados Unidos, mientras que los neoconservadores no temían llevar a cabo operaciones militares unilaterales y violar todo lo que se pareciera a las leyes internacionales. Como dijo el historiador de Harvard Niall Ferguson, los neoconservadores estaban encantados de aceptar el título de “Imperio Americano” y decidir unilateralmente infligir una intervención militar a cualquier país como gobernantes del único imperio del mundo.

Es un error común pensar que los dos partidos estadounidenses son claramente diferentes en su estrategia de política exterior. A primera vista, es cierto que entre 2000 y 2016, la Heritage Foundation era un importante bastión neoconservador que se inclinaba hacia la política republicana, mientras que think tanks como la Brookings Institution y el posteriormente creado CNAS albergaban a halcones liberales más pro-demócratas. En cada

think tank había miembros de ambos partidos cuyas diferencias se centraban en propuestas políticas específicas, no en afiliaciones partidistas. En realidad, detrás de la Casa Blanca y el Congreso, una red de planificación política formada por fundaciones sin ánimo de lucro, universidades, grupos de reflexión, grupos de investigación política y otras instituciones daba forma a las “agendas” de las empresas y los capitalistas en propuestas políticas e informes.

Otro concepto erróneo común es que el lado “progresista” del liberalismo equilibrará el desarrollo social, proporcionará ayuda internacional y limitará el gasto militar. Sin embargo, el neoliberalismo, que comenzó a mediados de la década de 1970, se basa en la subordinación del Estado a las fuerzas del mercado y en la austeridad en el gasto social, como la sanidad, la asistencia alimentaria y la educación. Tanto los republicanos como los demócratas siguen este principio. El neoliberalismo fomenta el gasto militar ilimitado. El último presupuesto de Biden incluye un aumento interanual del 4% en el gasto militar. Durante la pandemia del covid-19, el gobierno estadounidense ha proporcionado 5 billones de dólares en estímulos, de los cuales 1,7 billones fueron directamente a los bolsillos de las grandes corporaciones. Es especialmente nefasto que el neoliberalismo haya dañado gravemente la calidad de vida de los pueblos del Sur Global. Ha arrastrado a los países en desarrollo a las trampas de la deuda y los ha obligado a realizar interminables pagos de deuda al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial.

En el ámbito de la política exterior, el think tank más influyente desde la Segunda Guerra Mundial es el Consejo de Relaciones Exteriores (CFR). Este think tank recibe donaciones de diversas fuentes, y su actual junta directiva incluye a Richard Haass, principal asesor de Bush padre en Oriente Medio, y a Ashton Carter, Secretario de Defensa de Obama. La revista alemana Der Spiegel ha descrito al CFR como “la institución privada más influyente de Estados Unidos y del mundo occidental” y “el politburó central del capitalismo”. Richard Harwood, editor senior e investigador del Washington Post, calificó al consejo y a sus miembros como “lo más parecido a un órgano de gobierno estadounidense”.

Independientemente de los candidatos del partido que apoyen en las elecciones, esta red de colaboración de larga data ha mantenido la estabilidad de la política exterior. Esta visión del

mundo basada en la supremacía de Estados Unidos, que niega la participación de otros países en los asuntos internacionales, se remonta a la Doctrina Monroe de 1823, que proclamaba el dominio de Estados Unidos en todo el hemisferio occidental; sólo que la élite de la política exterior estadounidense actual ha aplicado esta doctrina a todo el mundo en lugar de limitarse a los continentes americanos. La sinergia entre partidos y el cambio de partido son comunes para este grupo de responsables de la política exterior, y están estrechamente vinculados a la clase capitalista dominante, así como al Estado profundo (los servicios de inteligencia junto con los militares) que controlan la política exterior de Estados Unidos.

Antes de 2008, el principal objetivo estratégico de los neoconservadores, reunidos en el Partido Republicano, era la desintegración y desnuclearización de Rusia. Sin embargo, en torno a 2008, las fuerzas de la élite política estadounidense comenzaron a darse cuenta de que el ascenso económico de China era imparable y que sus futuros líderes no serían los próximos Gorbachov o Yeltsin. Fue a partir de este periodo cuando los neoconservadores vieron a China completamente desde la perspectiva de la confrontación y la contención. Al mismo tiempo, algunos halcones liberales pro-democráticos fundaron el CNAS, y Hillary Clinton, una típica halcón liberal y entonces Secretaria de Estado, lideró el desarrollo y la implementación de la estrategia “Pivot to Asia”, que en realidad fue aplaudida por los neoconservadores que entonces todavía estaban en el campo republicano. Max Boot la aclamó como “una voz fuerte”. Sin embargo, la estrategia de extender la OTAN a Ucrania y enfrentarse a Rusia sigue siendo una prioridad para los neoconservadores y los halcones liberales. En cuanto a las prioridades estratégicas, discrepan de los “realistas” que proponen una distensión con Rusia para reforzar la confrontación con China.

La victoria de Trump en 2016 creó breves turbulencias en el consenso del CFR. Como escribió John Bellamy Foster en *Trump en la Casa Blanca: Tragedia y farsa*, Trump subió al poder en parte gracias a la movilización de un movimiento neofascista basado en la clase media baja blanca. Sólo un pequeño número de personas de la élite del gran capital le apoyó inicialmente, incluyendo a Dick Uihlein, propietario del gigante naviero Uline, Bernie Marcus, fundador del minorista de materiales de construcción Home Depot, Robert Mercer, inversor

en el medio de comunicación de extrema derecha Breitbart News Network, y el banquero Timothy Mellon, entre otros. Las tendencias de Trump a reducir el compromiso en los asuntos mundiales -en particular la retirada de las tropas de Siria y Afganistán, y el contacto diplomático con Corea del Norte- satisfacían los intereses a corto plazo de la baja y media burguesía y se ganaron el apoyo de los realistas de la política exterior, incluido Henry Kissinger, pero molestaron a los neoconservadores. Un grupo de neoconservadores de élite desempeñó un papel importante en la campaña contra Trump, y unos 300 funcionarios que habían apoyado a la administración Bush se pasaron de nuevo al bando demócrata en las elecciones de 2020. Max Boot, el mandamás de los neoconservadores, se ha convertido así en el líder de pensamiento en política exterior de la administración Biden. En 2003, Boot escribió: “Dada la carga histórica que conlleva el ‘imperialismo’, no hay necesidad de que el gobierno de Estados Unidos adopte el término. Pero sí debería abrazar la práctica”.

Con el fin de la interrupción de Trump, el CFR volvió a la normalidad, y los neoconservadores y los halcones liberales de la administración Biden están completamente alineados en la orientación estratégica. A partir del 9/11 y, sobre todo, después de la crisis de las hipotecas subprime, la conciencia del imparable ascenso de China unió a los dos grupos de élite; pero en los últimos años, se han unido en algunas cuestiones clave de política exterior, una unidad no vista en décadas. La teoría de los asuntos internacionales en la que están de acuerdo puede resumirse así: Estados Unidos debe intervenir activamente en la política de otros países, destituir a los regímenes no deseados, hacer todo lo posible por promover la “libertad y la democracia”, asegurar su hegemonía mundial por todos los medios y tomar medidas enérgicas contra los Estados que desafían los valores occidentales y la hegemonía militar, con Rusia y China como principales objetivos. El pasado mes de mayo, el Secretario de Estado Blinken hizo un llamamiento para defender un ambiguo “orden internacional basado en normas” (este término se refiere a las organizaciones internacionales y de seguridad dominadas por Estados Unidos, en lugar de a las instituciones más amplias basadas en la ONU), lo que sugiere que los halcones liberales han abandonado oficialmente la pretensión de seguir a la ONU o a otras organizaciones multilaterales internacionales, a menos que sigan las normas de Estados Unidos.

En 2019, el bien publicado neoconservador Robert Kagan fue coautor de un artículo con el halcón liberal Anthony Blinken (subsecretario de Estado con Obama), en el que se instaba a Estados Unidos a abandonar la política de Trump de America First. Pedían la contención (asedio y debilitamiento) de Rusia y China y proponían una política de “diplomacia preventiva y disuasión” contra “los adversarios de Estados Unidos”, es decir, “enviar a los chicos y los tanques a cualquier parte”. Por cierto, la esposa de Robert Kagan, Victoria Nuland, fue subsecretaria de Estado para Asuntos Europeos y Euroasiáticos en la administración Obama. Es bien sabido que desempeñó un papel clave en la organización y el apoyo a la revolución/golpe de Estado de 2014 en Ucrania. Actualmente es subsecretaria de Estado para Asuntos Políticos en la administración Biden, el tercer puesto más alto del Departamento de Estado, junto al secretario Blinken y el subsecretario Sherman. También es una seguidora de confianza y heredera espiritual de Madeleine Albright, la recientemente fallecida líder de los halcones liberales. El personal del CNAS está entrelazado con el del think tank de la OTAN, el Centro Snowcroft para la Estrategia y la Seguridad (Consejo Atlántico). Matthew Kroenig, su director adjunto, abogó recientemente por la consideración del uso preventivo de armas nucleares “tácticas” por parte de Estados Unidos. A partir de esta pequeña camarilla de mercaderes de la muerte, se puede detectar fácilmente la profunda integración de dos grupos de élite de asuntos exteriores, así como los verdaderos impulsores de la crisis de Ucrania.

La evolución concreta de la crisis de Ucrania revela las tácticas adoptadas por esta camarilla de élite belicista: reforzar el liderazgo de EE.UU. liderazgo sobre la OTAN, utilizando la OTAN (en lugar de la ONU) como mecanismo principal de intervención extranjera, para negarse a reconocer las reivindicaciones de soberanía y seguridad del “adversario” sobre regiones sensibles, provocándolo así a la guerra, para incluso planificar el uso de armas nucleares tácticas y llevar a cabo una “guerra nuclear limitada” en el territorio del adversario o en sus alrededores, e imponer medidas coercitivas unilaterales y combinar sanciones económicas, medidas financieras, informativas, propagandísticas y culturales, revolución de colores, ciberguerra, lawfare y otras tácticas de guerra híbrida a lo largo del proceso para debilitar y subvertir el régimen del adversario. Si se consiguen los resultados deseados en Ucrania, la misma estrategia se reproducirá sin duda en el Pacífico Occidental.

La alineación estratégica no significa que las élites políticas no estén divididas en otras cuestiones menores, como el cambio climático. Sin embargo, incluso en este asunto, como hemos visto recientemente, Estados Unidos exige que Europa deje de importar gas natural de Rusia, y John Kerry, el enviado del presidente para asuntos climáticos, no se compromete con las posibles repercusiones negativas para el medio ambiente de esa medida, en parte porque Estados Unidos quiere sustituir las ventas de gas ruso en Europa por las suyas propias. Los conflictos y contradicciones dentro de Estados Unidos siguen sin resolverse y avanzan en una dirección peligrosa.

En los últimos años, varios progresistas internacionales han lanzado campañas para expresar su preocupación por la agresiva estrategia exterior de Estados Unidos. Sin embargo, su uso del término “nueva guerra fría” subestima la depravación de algunos aspectos de la actual política exterior estadounidense. Históricamente, la Guerra Fría con la Unión Soviética siguió ciertas reglas y líneas de fondo: Estados Unidos utilizó una variedad de medios políticos y económicos para ejercer presión y tratar de subvertir al Estado soviético, pero no trató de cambiar las fronteras nacionales de los adversarios nucleares. Ambas partes reconocieron el alcance real de los intereses y las necesidades de seguridad de la otra parte. Ahora, el Wall Street Journal declara abiertamente que Estados Unidos debe demostrar su capacidad para ganar una guerra nuclear, mientras que la élite del CFR afirma que hay que proteger a Ucrania y Taiwán, ya que ambos son lugares militares estratégicos dentro del perímetro militar occidental. Incluso el líder de la Guerra Fría, Kissinger, ha expresado su preocupación y oposición a la actual política exterior de Estados Unidos, argumentando que la estrategia correcta debería ser dividir a China y Rusia, y provocar a Rusia contra China, y que una guerra directa con los dos países nucleares tendría peligrosas consecuencias. Kennan y McNamara habrían estado de acuerdo con Kissinger, si todavía estuvieran vivos. La vieja generación de líderes de la Guerra Fría se ha marchitado, y de todos modos ya nadie les escucharía.

La burguesía estadounidense apoya los

preparativos de guerra contra China

Por un lado, debido a la formación de cadenas de suministro globales, las industrias manufactureras de Estados Unidos y Europa dependen en gran medida de las importaciones de China, y Biden tiene que hacer frente a las peticiones de alivio de los aranceles de la guerra comercial para aliviar la enorme presión de la inflación en Estados Unidos. Por otro lado, la propia China no inició el desacoplamiento económico, sino que se enfrentó a la presión de la guerra comercial y la guerra tecnológica e impulsó la “gran circulación interna”. Desde la pandemia, se ha producido un aumento gradual superficial del comercio de mercancías entre China y Estados Unidos.

Sin embargo, hay que señalar que se está produciendo un cambio en la lógica básica de las relaciones entre China y Estados Unidos: la burguesía estadounidense ha ido estrechando su alianza contra China y apoyando la estrategia belicosa de la élite diplomática. Esta situación se debe a factores tanto reales como ideológicos. Las cifras del PIB de Estados Unidos y Occidente enmascaran notoriamente las contribuciones del trabajo en las fábricas del Sur Global. Las ventas altamente rentables de Apple dentro de Estados Unidos aparecen en las cifras del PIB estadounidense, pero la fuente real de sus altos rendimientos es el excedente creado por la mano de obra productiva avanzada, masivamente eficiente y de bajo coste, en Shenzhen, Chongqing y otras ciudades de las fábricas de Foxcon. China cuenta con una infraestructura industrial, logística y social extremadamente sofisticada que representa el 28,7% de la producción industrial mundial. No estamos viviendo la época de las grandes fábricas con trabajadores poco cualificados y mal pagados. Trasladar toda la cadena de suministro de China a la India o a México sería un proceso de décadas y no puede basarse únicamente en unos salarios más bajos.

Pocos sectores de la economía estadounidense dependen en gran medida del mercado local chino para sus ventas, siendo los fabricantes de chips estadounidenses la excepción. Ni Boeing, ni Caterpillar, ni General Motors, ni Starbucks, ni Nike, ni Ford, con un 17%, tienen más del 25% de sus ingresos en China. En la convocatoria de beneficios de mayo de Disney, el director general Bob Chapek expresó su confianza en el éxito incluso sin el mercado chino.

Los ingresos totales de las empresas del S&P 500 son de 14 billones de dólares. No más del 5% de esta cifra está relacionada con las ventas dentro de China. Es poco probable que los directores ejecutivos estadounidenses se opongan a la dirección de la política exterior de Estados Unidos si se les ofrece un aumento poco claro a corto plazo del acceso al creciente mercado interior de China. Una prueba más de esto puede verse en algunas industrias clave.

La primera es el zeitgeist del momento, la industria de la tecnología/internet. Entre los 10 estadounidenses más ricos, el único ajeno a la industria tecnológica/de Internet es Elon Musk, cuya primera olla de oro, sin embargo, también provino de la industria de Internet. En comparación con la lista de los 20 estadounidenses más ricos de hace años, los procedentes de la industria manufacturera tradicional, la banca y la industria petrolera han desaparecido. La mayoría de la élite tecnológica tiene fuertes impulsos antichinos. Google, Amazon y Facebook prácticamente no tienen mercado en China. Apple y Microsoft también se enfrentan a crecientes dificultades. La cuota de mercado de Huawei había superado en su día a la del iPhone en China, para ser superada de nuevo debido a la prohibición de los chips. Algunas fuentes han afirmado recientemente que el gobierno chino está adoptando ampliamente los sistemas autóctonos Linux y Office Productivity para sustituir a Windows y Office de Microsoft. Las empresas tradicionales de TI, como IBM y Oracle, han sido marginadas durante mucho tiempo por la ola de-IOE impulsada por Alibaba, que pretende sustituir los servidores de IBM, las bases de datos de Oracle y los dispositivos de almacenamiento de EMC por soluciones autóctonas y de código abierto. Los gigantes tecnológicos estadounidenses anhelan un cambio de sistema político en China -aunque haga falta una guerra- para abrir la puerta del mercado chino. Eric Schmidt, antiguo presidente ejecutivo de Google, dirigió la creación de la Unidad de Innovación de Defensa (DIU) y la Comisión de Seguridad Nacional sobre Inteligencia Artificial (NSCAI). Su constante promoción de la teoría de la “amenaza china” refleja la opinión predominante en la comunidad tecnológica estadounidense. En los últimos dos años de guerra de opinión pública en torno a la pandemia, Hong Kong y Xinjiang, tanto Twitter como Facebook han desempeñado un papel en la supresión de la información objetiva de los hechos y han participado activamente en la demonización de China.

La fabricación estadounidense sigue dependiendo de la capacidad de producción china. La inversión consistente y la innovación tecnológica en la fabricación estadounidense se abandonaron de hecho hace años, y a pesar de los llamamientos de Obama y Trump para “deslocalizar la fabricación” de vuelta a Norteamérica, poco se ha conseguido. La megafábrica de Tesla en Shanghái podría haber sido la única inversión manufacturera estadounidense notable en China en los últimos años; pero Elon Musk ha estado ganando muchos proyectos de adquisición del gobierno a través de SpaceX, cuyo satélite Starlink fue criticado por China como altamente irresponsable cuando sus órbitas cambiadas se acercaron a la estación espacial china dos veces el año pasado. El periódico chino PLA Daily dijo que su brutal expansión mostraba una señal de militarización de la aplicación de los satélites. El servicio Starlink en Ucrania es una prueba de ello. Con la reciente adquisición por parte de Musk de la plataforma de redes sociales Twitter, es poco probable que cambie el control que ejerce desde hace tiempo sobre las narrativas de Twitter contra China y Rusia.

El sector de los servicios financieros de Estados Unidos ha estado esperando que los mercados de capitales de China se abran más a ellos, pero en su sueño más anhelado esperan que China tenga una transición de régimen y se embarque en un camino abiertamente neoliberal. La actitud antichina de Soros es bien conocida. En noviembre pasado, Jamie Dimon, director general de JP Morgan Chase, declaró que “JP Morgan Chase sobrevivirá al Partido Comunista Chino” (aunque luego se disculpó y dijo que sólo estaba bromeando) e insinuó que China sufriría un fuerte ataque militar si intentaba restaurar Taiwán. Los mercados de capitales chinos no avanzan en la dirección que Wall Street preferiría, como lo demuestra el refuerzo por parte del gobierno chino de los controles sobre la expansión desordenada de capitales y una serie de acciones chinas que han dejado de cotizar en la bolsa estadounidense. En la Junta Anual de Accionistas de Berkshire Hathaway celebrada en mayo, Charlie Munger, vicepresidente de la empresa, declaró que valía la pena invertir en China. Pero hay que tener en cuenta que la premisa de su declaración es que el gobierno chino es un “régimen totalitario” que “viola los derechos humanos”, y que sólo vale la pena el riesgo adicional porque se pueden comprar mejores negocios a precios más bajos en China.

No es nuevo que las industrias minoristas y de consumo de Estados Unidos se vean presionadas por la fabricación y las marcas chinas. El pasado mes de marzo, Nike y otras empresas boicotearon el algodón de Xinjiang con el falso argumento del “trabajo forzoso”, y en mayo publicaron un anuncio supuestamente racista en China, lo que supuso una nueva pérdida de cuota de mercado, superada por la marca china Anta. La pandemia del covid-19 ha provocado una importante desconexión entre las industrias culturales y de entretenimiento de ambos países, ya que las películas nacionales representaron el 85% de la taquilla china en 2021. Las películas de superhéroes de Marvel, antaño populares entre los cinéfilos chinos, no han podido entrar en el mercado chino por cuestiones ideológicas, con una recaudación nula en China en 2021, y no se espera que la nueva película del Doctor Extraño, con escenas nuevamente antichinas, se proyecte en China. Estos casos significan que las empresas estadounidenses tienen que elegir entre los intereses comerciales y la ideología.

“Los gigantes tecnológicos estadounidenses anhelan un cambio de sistema político en China -aunque haga falta una guerra- para abrir la puerta del mercado chino”

Por supuesto, el infame “Complejo Industrial Militar” de EE.UU. siempre ha tenido un papel único de “caso especial” como el sector estratégico económico, político y militar más importante para el imperialismo. Los seis principales contratistas militares del mundo son Lockheed Martin, Boeing, Raytheon Technologies, BAE Systems, Northrop Grumman y General Dynamics, con ventas combinadas de más de 160.000 millones de dólares al año. Nuevas en la línea de competencia son las empresas tecnológicas como Amazon, Microsoft, Google, Oracle, IBM y Palantir (fundada por el extremista Peter Thiel). A este grupo se le están adjudicando contratos que en algunos casos ascienden a diez mil millones de dólares. La industria tecnológica se ha convertido en una parte importante de la industria militar, desempeña el principal papel estratégico en el vasto imperio de la inteligencia estadounidense que recopila todos los datos, está en el centro del poder blando de los

medios de comunicación y de la hegemonía de los medios sociales de Estados Unidos y garantiza el dominio digital total sobre la mayoría del Sur Global. Como tal, se ha vuelto inmune a la regulación real o a las amenazas de desmonopolización.

El afán de Estados Unidos por la supremacía militar le lleva a gastar en las áreas de armamento, chips de silicio, comunicaciones avanzadas (incluida la ciberguerra por satélite) y biotecnología. El presupuesto del gobierno de EE.UU. para el año fiscal 2023 gastará 813.000 millones de dólares oficialmente en el ejército (gran parte del gasto militar está disimulado en otras partes del presupuesto general), y el Pentágono afirma que necesitará al menos 7,3 billones de dólares en créditos durante los próximos 10 años.

La privatización del Estado bajo el neoliberalismo ha dado lugar a nuevas características en los últimos 30 años. El Estado se ha convertido en un vehículo consecuente en el que los funcionarios de alto nivel del Gobierno, incluidos los congresistas, los senadores, los asesores de política y seguridad, los oficiales del gabinete, los coroneles, los generales y los presidentes de ambos partidos se hacen multimillonarios y más, a través de la bien descrita “puerta giratoria” con el sector privado. Su estatus de información privilegiada en el Gobierno les permite asegurar que una vez que la frase “Seguridad Nacional” se introduce en cualquier reunión, la espita para la codicia personal y corporativa y la expansión militar radical se abre aún más.

En esta forma de corrupción del “Primer Mundo”, que ya es frecuente, se promulgan sobornos legales después de dejar los cargos públicos. Estos sobornos “legales” en los cargos se producen en forma de salario como empleados remunerados, o de honorarios como miembros de consejos de administración y asesores de las mismas empresas a las que previamente habían adjudicado y supervisado contratos.

Bill Clinton tenía una deuda de más de un millón de dólares cuando dejó la Casa Blanca, pero ahora él y Hillary Clinton valen 120 millones de dólares. Con una impunidad escandalosa, 85 de las 154 personas de intereses privados que se reunieron o tuvieron conversaciones telefónicas programadas con Hillary Clinton mientras ella dirigía el Departamento de Estado

donaron 156 millones de dólares a su programa de caridad familiar, que posteriormente se disolvió en desgracia.

El actual Secretario de Defensa (un cargo supuestamente “civil”), Lloyd Austin, anteriormente formó parte del consejo de administración de empresas militares-industriales como United Technologies y Raytheon Technologies, donde obtuvo la mayor parte de su patrimonio neto de 7 millones de dólares DESPUÉS de “retirarse” como General de cuatro estrellas.

El general retirado y exsecretario de Defensa de Trump, y exmiembro del consejo de administración de CNAS, James “Mad Dog” Mattis, tenía un patrimonio neto de 7 millones de dólares en 2018, cinco años después de su “retiro” militar en 2013. Se ganó a través de importantes honorarios de una amplia lista de contratistas militares e incluyó entre 600.000 y 1,25 millones de dólares en acciones y opciones en el principal contratista de defensa General Dynamics.

Entre 2009 y 2011, más del 70% (76 de 108) de los principales generales trabajaron para contratistas militares tras su “jubilación”. Los generales también pueden obtener un doble beneficio al recibir simultáneamente honorarios del Pentágono y de contratistas militares privados. El Informe Brass Parachute descubrió que, solo en 2016, entre los oficiales militares que pasaron por la puerta giratoria había 25 generales, 9 almirantes, 43 tenientes generales y 23 vicealmirantes.

Raytheon, General Motors, Boeing y otras empresas de la industria militar y sus inversores, Matsushita Capital, son importantes financiadores de CNAS y WestExec Consulting: el Secretario de Estado Blinken, el Director de Inteligencia Nacional Haynes, el Subdirector de la CIA Cohen, el Subsecretario de Defensa Ratner y otros han trabajado en WestExec.

Funcionarios de la administración Biden que han trabajado en WestExec Otra novedad es el auge de los Contratistas Militares Privados (PMC) de propiedad de capital privado (PE). Alrededor de la mitad de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en Irak y Afganistán fueron

empleadas por las PMC. Erik Prince, fundador de Blackwater, cambió el nombre de la empresa por el de Xe Services y la vendió a dos empresas de capital privado por 200 millones de dólares en 2010. Estos inversores de capital privado cambiaron el nombre de la empresa por el de ACADEMI, compraron dos de los competidores de Blackwater, Triple Canopy y Olive Group, y luego vendieron las tres empresas militares privadas en 2016 a la mayor empresa de capital privado del mundo, Apollo, por una cantidad estimada en 1.000 millones de dólares.

El Complejo Industrial Militar, que se autoperpetúa, compuesto por contratistas militares (ahora incluyendo tecnología y capital privado) junto con políticos y generales, está literalmente liderando la carga de la expansión masiva de la capacidad militar de Estados Unidos y todos utilizan ahora a China, así como a Rusia, como pretexto. Muchos de este grupo han cometido crímenes de guerra en Irak, Afganistán, Siria, Libia y otros lugares.

Pocos capitalistas individuales influyentes en Estados Unidos están dispuestos a decir abiertamente que no al coro de “China es nuestro enemigo”. Rara vez se encuentran opiniones públicamente discrepantes o llamamientos a la moderación en las secciones de opinión del New York Times o del Wall Street Journal. Michael Bloomberg, que fue criticado por ser blando con China hace unos años, ahora no hace ningún llamamiento a la moderación frente a la histeria bélica. En cambio, fue nombrado presidente del Consejo de Innovación de Defensa en febrero. Ray Dalio, fundador de Bridgewater Associates, siendo optimista respecto a las perspectivas económicas de China, siempre ha sido considerado como un atípico y culto ideológico. McKinsey era partidario de realizar más transacciones económicas con China y fue criticado por el New York Times por “ayudar a impulsar el estatus de los gobiernos autoritarios”. Ahora la influencia de McKinsey en los círculos empresariales estadounidenses se ha debilitado mucho.

Más críticamente, el escalón superior de la élite burguesa estadounidense ha sido durante mucho tiempo más influyente que la “élite industrial”. Por ejemplo, Michael Bloomberg, cuyo valor se estima que ha alcanzado los 83.000 millones de dólares y que posee el 88% de la empresa de servicios de información Bloomberg, también ha realizado considerables

inversiones en el mercado de valores a lo largo de los años. Los multimillonarios de hoy, desde Eric Smidt hasta Charles Koch, George Soros y Elon Musk, diversifican sus inversiones en distintos sectores y financian grupos de reflexión y políticos a través de fundaciones sin ánimo de lucro, lo que les permite superar los límites de los intereses económicos a corto plazo y ver el panorama general de la política exterior, en contraste con los antiguos millonarios que, en el pasado, se centraban en un único sector. Una burguesía con una conciencia compartida esperaría un exceso de beneficios a largo plazo de un mercado chino totalmente liberalizado tras el derrocamiento del Estado chino, lo que supone una mayor motivación para que estos multimillonarios estén dispuestos a sufrir pérdidas temporales en algunos sectores como consecuencia de la contención de China.

El CFR, que se describe como “líder del gobierno estadounidense desde la sombra”, cuenta con miembros corporativos de nivel fundador que incluyen empresas de energía (Chevron, ExxonMobil, Hess, Tellurian), finanzas (Merrill Lynch, Citi, Goldman Sachs, JP Morgan, Morgan Stanley, Blackstone), TI (Accenture, Apple, AT&T, Cisco), Internet (Google, Meta), entre otros sectores. En un informe de investigación publicado en enero, el CFR propuso “reforzar la coordinación entre Estados Unidos y Japón en respuesta a la cuestión de Taiwán”. Estas propuestas políticas de preparación para la guerra y contención de China reflejan las afirmaciones estratégicas a largo plazo de la élite burguesa, que incluye a los controladores, accionistas y cuentas clave de los miembros del CFR.

Entre la élite de clase media-alta, hay un pequeño grupo de aislacionistas liberales de extrema derecha, que son principalmente intelectuales, representados por el Instituto Cato. Se manifiestan en contra del Sistema de Reserva Federal de Estados Unidos y de la expansión militar, y están en contra del papel de Estados Unidos en Ucrania. Pero este grupo está marginado en el ámbito de la política internacional y no tiene mucha influencia.

Marx señaló una vez que los capitalistas siempre han sido una “banda de hermanos de guerra”. Esta banda mantiene un Estado moderno que cuenta con un gran cuerpo permanente de hombres y mujeres armados, funcionarios de inteligencia y espías. En 2015 había 4,3 millones de empleados con autorización de seguridad en Estados Unidos. En

alianza con el complejo monopolístico militar-industrial-digital, pueden ejercer un gran poder sin necesidad de pasar por ninguna elección. Esta es la versión estadounidense del Estado Profundo, cuyo extraordinario poder puede verse en el hecho de que Trump y sus compinches se volvieron disfuncionales e incapaces de implementar su propia política exterior poco después de asumir el cargo.

El ascenso de la extrema derecha y la falsa naturaleza de los controles en el sistema político estadounidense

Bajo la élite burguesa gobernante, la hostilidad de las clases medias estadounidenses hacia China tiene profundas raíces racistas. Los cuatro años de gobierno de Trump fueron testigos de una coalición unida del populismo y del movimiento de la derecha supremacista blanca que se autodenomina la Alt Right. Su portavoz, Stephen Bannon, ex presidente del sitio web de supremacía blanca Breitbart News, es, como es lógico, uno de los más activos activistas contra China en Estados Unidos. Su base de apoyo proviene de la clase media baja: en su mayoría personas blancas con ingresos familiares anuales de alrededor de 75.000 dólares. Proceden principalmente de ciudades pequeñas o zonas rurales, dirigen pequeñas empresas o tienen trabajos profesionales, y representan una cuarta parte de la población del país. Aunque a Bannon e incluso al propio Trump les gusta presumir del apoyo que reciben de “la clase trabajadora blanca”, en realidad su principal base de apoyo es la clase media baja y no la clase trabajadora.

El Partido Republicano se ha beneficiado electoralmente con la creación de este bloque de votos neofascistas. Adoran a los grandes capitalistas y desean ser uno de ellos algún día; odian a los líderes políticos y culturales elitistas por bloquear su camino hacia la riqueza; y desprecian a la clase trabajadora por debajo de ellos. En 1951, el destacado sociólogo estadounidense C. Wright Mills escribió sobre las clases medias estadounidenses:

“Son rezagados. A corto plazo, seguirán las vías de pánico del prestigio; a largo plazo, seguirán las vías del poder, ya que, al final, el prestigio lo determina el poder. Mientras tanto,

en el mercado político... las nuevas clases medias están en venta; quien parezca lo suficientemente respetable, lo suficientemente fuerte, probablemente pueda tenerlas. Hasta ahora, nadie ha hecho una oferta seria.”

Hasta hace poco, la clase media baja ha mostrado poco interés en el “Imperio Americano” y rara vez se ha comprometido con China, pero puede percibir el cambio en la economía. La economía estadounidense nunca se ha recuperado del todo de la crisis de las hipotecas subprime de 2008, cuando la política monetaria laxa permitió a los grandes capitalistas cosechar enormes beneficios mientras la clase trabajadora y la clase media baja sufrían grandes pérdidas. Este último grupo, enfadado y frustrado con su situación y con una necesidad imperiosa de un portavoz, fue movilizado por Trump para convertirse en su banco de votos clave con la ayuda del racismo “supremacista blanco”, el capitalismo racial y una “nueva guerra fría” para suprimir a China como oponente en toda regla.

La hostilidad hacia China está ahora muy extendida entre la población. La impresión de que “China es el malvado enemigo del mundo libre y el mayor rival de Estados Unidos” ha sido reforzada cada vez más por los principales medios de comunicación y plataformas de Internet, mientras que la libertad de expresión ha desaparecido en el aire. Cualquier simpatía o incluso opinión objetiva sobre Rusia y China se topará con fuertes críticas públicas. Algunos progresistas afirman que, desde los años 50, no habían visto un ambiente de opinión pública tan tóxico en Estados Unidos, y algunos han llegado a comparar el clima social de los Estados Unidos actuales con el de la Alemania de principios de los años 30.

Los forasteros a menudo malinterpretan la verdadera naturaleza de los “controles y equilibrios” y la “separación de poderes” en el sistema estadounidense. A diferencia de la historia de las reformas constitucionales europeas, que fueron generadas por movimientos sociales revolucionarios, la constitución estadounidense, que fue fundada originalmente por un grupo de propietarios (incluidos los esclavistas), fue diseñada desde el principio para proteger los derechos de los propietarios privados contra lo que temían que pudiera convertirse en un gobierno “mayoritario” de la mafia. A día de hoy, la constitución tiene espacio suficiente para dismantelar la mayoría de los derechos sociales y legales

tradicionales de la burguesía.

Medidas como el colegio electoral fueron diseñadas para evitar el voto directo del pueblo para elegir al presidente (una persona un voto). Tanto Bush Jr. como Trump recibieron de hecho menos votos que sus respectivos oponentes cuando ganaron la presidencia. Esta medida se implementó originalmente para proteger los intereses de los estados esclavistas del sur y otros estados rurales más pequeños, y continúa hasta hoy. El proceso de modificación de la Constitución se hizo extremadamente difícil y oneroso. A pesar de que finalmente se eliminó la prohibición original del derecho al voto para los negros, las mujeres y las personas sin propiedades, la privación del derecho al voto sigue vigente. En 2021, 19 estados promulgaron 34 leyes de supresión del voto que podrían limitar el derecho de voto de hasta 55 millones de votantes en esos estados. Mientras tanto, el Tribunal Supremo tiene el poder de anular la legislación sobre el derecho al voto, anular la acción afirmativa y permitir que las organizaciones religiosas restrinjan los derechos civiles.

Una sentencia del Tribunal Supremo de 2010, conocida como “Citizens United”, eliminó los límites a las contribuciones privadas y corporativas a las elecciones, convirtiendo las elecciones en un concurso de fuerza financiera en el sentido legal. En las elecciones de 2020, el gasto global tanto para las elecciones presidenciales como para las del Congreso y el Senado fue de 14.000 millones de dólares. Además de la competencia financiera, existe el factor de la “competencia psicológica-tecnológica”. Las herramientas tecnológicas persuasivas basadas en las redes sociales, la economía del comportamiento y el Big Data desempeñan ahora un papel decisivo en la determinación de los resultados de las elecciones. Al mismo tiempo, estas herramientas son extremadamente caras, lo que garantiza que la política sea un juego exclusivo para los ricos. En 2016, la riqueza media de los senadores estadounidenses superó los 3 millones de dólares. Esto difícilmente es un gobierno controlado y equilibrado por el pueblo.

¿Estamos condenados sólo a la guerra?

En 2014, Xi Jinping, que se había convertido en el líder de China, dijo: “El amplio océano

Pacífico es lo suficientemente vasto como para abarcar tanto a China como a Estados Unidos”. Por el contrario, Hillary Clinton, entonces secretaria de Estado, afirmó, en un discurso interno, que Estados Unidos podría llamar al Pacífico “el mar americano”. En 2020, el Center for Economics and Business Research (CEBR) del Reino Unido predijo que China superaría a Estados Unidos para convertirse en la mayor economía del mundo en 2028, un umbral que persigue a la élite burguesa estadounidense. La política exterior y la opinión pública de Estados Unidos se han fijado en los últimos años en la preparación de una guerra caliente para contener a China antes de 2028. La guerra por poderes en Ucrania puede verse como un preludio de esta guerra caliente. La movilización ideológica para preparar la guerra ya está en pleno apogeo en Estados Unidos. Las ruedas del neofascismo están girando y ha surgido una nueva era de macartismo. La llamada política democrática es sólo una tapadera para el dominio de la élite burguesa y no servirá como mecanismo de freno para la maquinaria de guerra.

Hay 140 millones de trabajadores y pobres en Estados Unidos, con 17 millones de niños que pasan hambre, seis millones más que antes de la pandemia. Aunque una parte de esta clase expresa su apoyo ideológico a la política belicista de Estados Unidos, este apoyo está en realidad en contradicción directa con sus intereses reales. Históricamente, los grupos progresistas tradicionales de Estados Unidos, como los movimientos negro y feminista, tenían un fuerte espíritu de lucha, y líderes como el Dr. Martin Luther King, Jr. y Malcolm X mostraron un valor asombroso en su lucha por crear una ola de resistencia dentro de Estados Unidos contra la agresión de Washington en el sudeste asiático. Lamentablemente, algunos (pero no todos) de los líderes de los sectores progresistas tradicionales de Estados Unidos se han convertido en partidarios de la política imperialista estadounidense y de las campañas antichinas.

Hay importantes voces morales en Estados Unidos que se manifiestan. Pero hay que señalar que los pocos grupos progresistas que se oponen a una nueva guerra fría fueron inmediatamente vilipendiados por “justificar el genocidio de Xinjiang”. El sistema estadounidense garantiza la impotencia de las voces de este sector de la sociedad.

Además de Estados Unidos y sus aliados, otros países no ven con buenos ojos la guerra que supone la agresiva expansión de la OTAN. El 2 de marzo, la Asamblea General de la ONU celebró la 11ª sesión especial de emergencia y países con más de la mitad de la población mundial votaron en contra o se abstuvieron de votar el proyecto de resolución titulado “Agresión contra Ucrania”. Países con más de dos tercios de la población mundial no respaldaron las sanciones dirigidas por Estados Unidos contra Rusia. Los intentos de Washington de intensificar y prolongar la guerra, y de forzar un desacoplamiento de Moscú y Pekín, provocarán una dislocación económica masiva, que provocará considerables reacciones negativas al gobierno de Estados Unidos. Incluso países como India y Arabia Saudí están profundamente preocupados por los excesos de Estados Unidos al congelar las reservas de divisas rusas y reforzar la hegemonía del dólar. El presidente mexicano López Obrador anunció que no asistiría a la Cumbre de las Américas organizada por Estados Unidos en Los Ángeles porque países como Cuba y Venezuela fueron excluidos. La resistencia al dominio de Estados Unidos está creciendo en América Latina. Sin embargo, hay que tener en cuenta que las plataformas internacionales como la ONU no son realmente capaces de frenar a Estados Unidos en sus guerras. Washington se niega a someterse a nada que no sea su propio “orden internacional basado en normas”.

La administración Biden de Estados Unidos está proporcionando una ayuda militar masiva a Ucrania para crear una guerra prolongada con el fin de debilitar a Rusia al máximo y provocar un “cambio de régimen”. También se está desviando del espíritu de las tres declaraciones conjuntas chino-estadounidenses y desestabilizando el estrecho de Taiwán de diversas maneras. Aunque Estados Unidos tiene un gran poderío militar, su fuerza económica actual, aunque grande, está en un estado perpetuo de declive y crisis.

En 1950, Estados Unidos representaba el 27,3% del PIB mundial (PPA), mientras que en 2020 había descendido al 15,9%. Su tasa media de crecimiento anual del PIB ha caído a un nivel anual insuficiente del 2% incluso antes de la pandemia. La producción manufacturera de China es más de un 70% superior a la de Estados Unidos. A pesar del reciente y enorme estímulo fiscal y monetario de más de 5 billones de dólares, la inversión fija neta de Estados Unidos sólo aumentó un 1,4%. Esto ha provocado la actual ronda de inflación. Esto no se

resuelve fácilmente y no tiene nada que ver con la guerra. Con la guerra impulsada por Estados Unidos, este país ha condenado intencionadamente a Europa a un crecimiento del PIB más bajo y probablemente negativo, a la inflación y al aumento del gasto militar. Ha abandonado cualquier pretensión de objetivos climáticos. A pesar del enorme consenso político interno para la desvinculación, los pedidos de Estados Unidos a China siguen aumentando. La desvinculación real y sustancial sigue siendo una quimera. Añadir más sanciones sólo acelera el proceso global de desdolarización y la oposición a la hegemonía del dólar. Estados Unidos no se derrumbará económicamente por sí mismo, sino que las consecuencias de su afán por la guerra, las sanciones y el desacoplamiento seguirán dañando su propia economía y poniendo en peligro la cadena mundial de suministro de alimentos. La inestabilidad social mundial resultante causará a su vez más debilidad a la economía estadounidense, así como desafíos inesperados a su gobierno.

El gobierno social estable de China, su fuerte defensa nacional y su estrategia diplomática amante de la paz pero desafiante del poder pueden -como dijo el Consejero de Estado chino Yang Jiechi- “proceder desde una posición de fuerza” para hacer que Estados Unidos abandone finalmente la ilusión de entrar en guerra con China y ganar. Al Sur Global le interesa que China siga siendo un Estado soberano socialista fuerte y que impulse alternativas de gobernanza global como Una Comunidad con un Futuro Compartido para la Humanidad y la Iniciativa de Desarrollo Global. Debe haber un compromiso inmediato para revigorar proyectos multilaterales viables del Sur Global como el BRICS y el Movimiento de los No Alineados. En esto, la mayoría del mundo comparte un claro interés común. La gran mayoría de los habitantes de los países en desarrollo del Sur Global serán una fuerza importante para pedir la paz y resistirse a la guerra en diversas plataformas oficiales y civiles. Estados Unidos no será el primer imperio que se extralimite con arrogancia y arrogancia y que acabe superando su poder.

DEBORAH VENEZIALE

Fuente: <https://www.alai.info/quien-esta-llevando-a-estados-unidos-a-la-guerra/>

¿Quién está llevando a Estados Unidos a la guerra?

Foto tomada de: <https://www.alai.info/quien-esta-llevando-a-estados-unidos-a-la-guerra/>